

Narco-violencia en la frontera: rupturas en las formas de nominar al desparecido

Carolina Robledo-Silvestre

Candidata a doctora en Sociología por el Colegio de México

V Congreso Internacional de Sociología, Ensenada, 27 septiembre de 2012

En los últimos meses asistimos nuevamente a la nominación de los desaparecidos en el espacio público. De manera cada vez más frecuente escuchamos historias de levantados, secuestrados y pozoleados, aunque aún no reconocemos del todo sus rostros. Según mis propias cuentas, en abril de 2011, en el primer Diálogo por la Paz convocado por la Presidencia de la República con la participación del Movimiento Nacional por la Paz, se habló por primera vez de la desaparición como un asunto nacional que debía resolverse en el marco de la guerra contra el narcotráfico.

Pero fue sólo hasta mayo de 2012 que presenciamos la primera marcha nacional en nombre de los desaparecidos¹, cuando las madres de diversas regiones de México caminaron hasta la capital para exigirle al gobierno encontrarlos vivos.

Antes de estos acontecimientos, los desaparecidos existían al margen de los llamados “ejecutados”, que ocupaban las cifras centrales de diarios, debates y artículos científicos producidos con mayor intensidad desde el año 2007 (Escalante: 2011, Guerrero: 2011, entre otros). En mi primera estancia en Tijuana, en el año 2006,

¹ Antes se habían llevado a cabo otras marchas nacionales, pero estas incluían a todas las víctimas: muertos, desplazados, secuestrados, etc.

me inicié en el argot propio de la frontera norte y supe lo que era un “levantado”, un “encajuelado” y un “encobijado”. Más adelante, en mi regreso en 2010 para realizar el trabajo de campo para mi tesis de doctorado, supe que todos hacían parte de una categoría mucho mas amplia y abstracta: “los desaparecidos”.

Las formas de desaparecer en Tijuana empezaron a configurar un marco de interpretación más o menos común para el año 2008, cuando los familiares de las víctimas se organizaron y salieron a las calles a exigir el reconocimiento de su duelo. En ese momento los índices de homicidios en Tijuana habían aumentado de manera significativa. Fernando Escalante (2011) demuestra que en Baja California la tasa de homicidios por cada 100.000 habitantes pasó de 13.85 en 2006-2007 a 40.02 en 2008-2009. Con una variación de 189.03% el Estado alcanzó cifras por encima del promedio nacional. Al lado de estos números la guerra contra el narcotráfico consiguió el status de paradigma interpretativo no sólo para las muertes, sino también para las desapariciones que venían sucediendo. Y los familiares encontraron en dicho relato una fuente simbólica propicia para entender y ubicar socialmente su dolor.

Me encontré con la Asociación Ciudadana contra la Impunidad² en marzo de 2010, cuando se enfrentaban a un gobierno estatal que señalaban de corrupto e inefficiente, en un plantón semanal frente al Palacio Estatal. Las personas allí reunidas tenían en común el hecho de haber perdido a uno de sus familiares en forma violenta, la mayoría en los últimos tres años. Tijuana contaba ya con tres años de tener al ejército en las calles. La política de seguridad nacional sucedía al mismo tiempo y en la

² La Asociación Ciudadana contra la Impunidad se fracturó en el mes de septiembre de 2012, constituyéndose una nueva denominada Asociación Unidos por los Desaparecidos de Baja California. Mi trabajo etnográfico cubrió su lucha incluso después de la escisión.

misma trama de acciones en la que emergía un movimiento ciudadano de reclamo por las víctimas de la violencia.

De este modo, las desapariciones empezaron a entenderse, nombrarse y experimentarse en el marco de una narrativa que las cobijaba: la guerra contra el narcotráfico. El proceso socio-cultural mediante el cual ocurre este fenómeno se ejerce a través de tres situaciones simultáneas: la exposición a los medios de comunicación, la politización del tema de la seguridad nacional y la necesidad antropológica y social de otorgar sentido a las desapariciones.

Este último fenómeno es mi preocupación particular. Existe una necesidad compartida de construir una relación clara con los desaparecidos y fijar el acontecimiento de la ausencia en términos simbólicos, así como de construirles a estos sujetos una identidad en el espacio social (Butler: 2006; Blair: 2002, 2004; Lomnitz; 2004). Esta necesidad lleva al deudo a buscar interpretaciones en su ámbito social para dar sentido a la pérdida del ser amado. Desde este punto de vista se asume el duelo como un fenómeno social/sociológico y no meramente individual/psicológico.

En este carácter social del duelo, el desaparecido hace parte de una comunidad y como tal debe ser nominado, clasificado y ubicado simbólicamente en el mundo al que pertenece aún después de su ausencia. La situación de los familiares de desaparecidos en Tijuana expresa esta situación de manera clara. Su pérdida, atravesada por la violencia y la impunidad, se configura en un drama (Turner: 1986) que rompe el flujo de la vida social y que los lleva a construir narrativas para nominar a sus desaparecidos y experimentar su duelo.

Este drama del que empiezo a ser testigo en Tijuana a partir del año 2007, para el año 2011 ya había rebasado el territorio de la frontera y empezaba a constituirse en un fenómeno nacional. Cuando el Movimiento Nacional por la Paz hizo su primera caravana del Consuelo en junio de 2011 por el norte de México, la desaparición de cientos de personas marginadas de la agenda pública, empezó a documentarse, publicarse y discutirse en los sectores políticos federales y locales.

La búsqueda de sentido de los familiares se da de muchas formas. Primero encuentran en la comunidad de dolor con sus pares una manera de identificarse. Esta identificación primaria se asume colectivamente en respuesta a un estigma que margina y excluye a los ausentes de un duelo público. La Asociación Ciudadana contra la Impunidad empezó a librar una lucha por el reconocimiento y atención del problema a nivel estatal. El discurso que empezó a solidificarse en la lucha apenas iniciada, afirmaba el derecho a que los desaparecidos fueran reconocidos como sujetos de derecho y se les otorgara un estatus de víctimas. Esto, sin importar sus orígenes o supuestos vínculos con cualquier grupo al margen de la ley o dentro de ella. La lucha pretendía otorgarles una identidad en el marco de las narrativas actuales sobre la violencia, de hacer partícipe a los otros del duelo privado y de darle su lugar antropológico al sujeto cuya no-existencia demandaba un sentido.

Estoy convencida de que estas pequeñas acciones locales empezaron a configurar focos de cambio que tienen apenas un efecto perceptible en las formas con las que entenderemos de ahora en adelante la desaparición en el México contemporáneo. Para explicar ésta hipótesis presento la siguiente tabla en la que

sintetizo los datos empíricos que dan fe de dicho cambio. En ella propongo dos marcos histórico-sociales para entender la desaparición: la Guerra Sucia y la Guerra contra el Narcotráfico. El recurso metodológico me permite trazar líneas de comparación para dar cuenta de la ruptura en términos conceptuales. Hoy entendemos a los desaparecidos bajo el manto simbólico y político de la guerra contra el narcotráfico y esto implica la necesidad de revisar el concepto también desde las ciencias sociales.

Análisis comparativo de la construcción simbólica de la desaparición en México		
Dimensiones de la construcción simbólica	Guerra Sucia	Guerra contra el narcotráfico
Atributos del desaparecido	Sujeto político- estigma	Sujeto asociado al crimen organizado- estigma
El desaparecido frente a los otros	Perseguido, sujeto de derechos	Sospechoso, culpable, anómico
Contexto global	Guerra fría	Guerra contra las drogas
Tono del discurso	Racional, beligerante	Emocional, conciliador
Oponente en el escenario público	Gobierno, militares	Borroso
Ideología presente	Izquierda/social demócrata/derechos humanos	Derechos humanos/ cristianismo
Los culpables de la violencia	El gobierno	Los criminales sin rostro, los criminales impunes
Formas de violencia	Política de Estado, eliminación del enemigo	Crimen organizado, violencia borrosa
Imaginarios sobre el cuerpo del desaparecido	Vivo- torturado	Muerto-mutilado- desintegrado o vivo torturado
Relación con el gobierno	Oposición- enfrentamiento	Negociación-cooperación
Posición del Gobierno federal frente a la desaparición	Negación del problema	Señalamiento de las víctimas, burocratización del problema

Tabla elaborada por la autora con base al trabajo etnográfico realizado en la ciudad de Tijuana entre 2008 y 2011 y revisión bibliográfica.

Cuando me refiero a la Guerra Sucia hago alusión a los procesos de reclamo de justicia por los desaparecidos en la década de los setenta en México (especialmente en el centro y sur del país). Por su parte, la Guerra contra el Narcotráfico se ubica analíticamente en Tijuana y temporalmente en los últimos seis años, pero se extrae hacia México en el marco de una guerra declarada contra las drogas. En esta guerra, la frontera ha sido el territorio nacional primeramente afectado por las políticas de militarización y desmembramiento de las instituciones policiales locales y ha visto reconfigurar sus imaginarios tanto como las redes de relaciones que la sostienen.

El cuadro comparativo nos permite observar un cambio sustancial en varios aspectos. Intentaré abordarlos siendo consciente de que sería necesario más espacio para desarrollarlos con mayor profundidad.

En el marco de la Guerra Sucia, simultáneamente con otros países latinoamericanos que vivían procesos de represión similares, los desaparecidos se constituyeron en parte de la disputa política vigente en el momento. Este acontecimiento permitió fijar las representaciones sociales de la desaparición en México durante décadas. En este texto sostengo que dicho paradigma está en crisis y que las desapariciones ocurridas en Tijuana, así como en otros lugares de México, establecen un cuestionamiento a las categorías heredadas de dicha tradición.

La representación de los ausentes actuó en la Guerra Sucia como testimonio de una represión sistemática en que las personas eran arrebatadas de sus espacios vitales a fin de desarticular las formas de oposición que desde allí se generaban.

Tal y como presento en el cuadro, una de las principales características que diferencian el marco de interpretación de las desapariciones en Tijuana es que se ubican dentro de una guerra que no es ideológica, como sucedía en la Guerra Sucia. La Guerra contra el Narcotráfico no está enmarcada en un mundo bipolar de dos opciones enfrentadas que actúan cada una como marco de interpretación para la desaparición. A cambio de un enfrentamiento de ideologías opuestas, la disputa en Tijuana está enmarcada en un terreno nebuloso de adscripciones, responsabilidades y culpas. Somos testigos de la existencia de un discurso omnipresente que actúa como marco de interpretación para el duelo de quienes han perdido a alguien en los últimos años de manera violenta. Un discurso que a su vez divide a la sociedad entre buenos y malos. Este marco está asociado directamente a una política de estado que actúa para promover una respuesta armada al problema de las drogas y que contiene narrativas de estigmatización distribuyendo el valor de la vida y la posibilidad del duelo público a partir de dichos estigmas.

Este contexto define también las formas de interpretar las desapariciones. Por un lado, en el momento de la Guerra Sucia, la identidad de los ausentes hacía parte de un entramado simbólico construido no sólo localmente, sino universalmente. En este terreno, los ausentes pertenecían a una resistencia mundial que era respaldada no sólo por sus familiares, sino por grupos afines a su lucha. En el contexto de la Guerra contra el Narcotráfico las ideologías ya no marcan las fronteras de la oposición y los

sujetos desprovistos de una marca política son abandonados al anonimato y a la individualización. Pero al mismo tiempo estos sujetos empiezan a constituirse en el rostro humano de una guerra abstracta. Esta doble trama simbólica es posible no sólo en México, sino en general en la guerra mundial contra las drogas.

En la Guerra contra el Narcotráfico los caídos se constituyen en sujetos-víctimas de las circunstancias, cuyas identidades son definidas en el marco una la violencia sin memoria, donde culpables y responsables son categorías borrosas. Esa falta de claridad tanto de los generadores de la desaparición, como de los desaparecidos, es una condición del terror (Blair: 2004: 176) que se extiende territorial y socialmente en México desde hace por lo menos cinco años. La dificultad para aprehender el carácter colectivo de la violencia cuando lo que se tienen son casos que parecen aislados, reproduce el terror en cuanto no delimita una posibilidad de interpretación clara. Las circunstancias desbordadas, la ambigüedad, la vaguedad y el descentramiento de este tipo de violencia perpetúan la impunidad y la sensación de inseguridad no sólo en el entorno de las víctimas sino también en la población en general.

A diferencia de las desapariciones de la Guerra Sucia, donde se contaba con un marco particular de responsabilidades, en la Guerra contra el Narcotráfico la violencia se extiende a ámbitos de la vida social oscuros, en donde no hay sujetos, ni discursos que justifiquen la ausencia de los seres queridos, ni estado que proteja a la ciudadanía. En Tijuana, la captura del Pozolero no aclaró las dudas y el hecho de que confesara haber disuelto 300 cuerpos en sosa caustica no dilucidó los motivos, ni la identidad de los perpetradores ni el rostro de las víctimas de esta tragedia. Tampoco la detención

de Teodoro García Simental, a quien se le adjudican la mayoría de las desapariciones ocurrida en la ciudad, se ha configurado en una forma de restitución de la paz entre las familias de los desaparecidos.

Por esta razón también se origina una diferencia sustancial entre los nuevos movimientos de familiares de desaparecidos y aquellos de la Guerra Sucia. Hacia una política de estado cuyo objetivo era eliminar, excluir y negar al enemigo, los familiares de los desaparecidos actuaban en términos de oposición y resistencia. Y frente a un tipo de violencia estructural, donde el Gobierno más que culpable es considerado corresponsable, los familiares de las víctimas actúan en términos de negociación y cooperación³. La participación del Gobierno en las desapariciones no ocurre de la misma forma en que ocurría en los años setenta. Mientras en la Guerra Sucia la desaparición constituía una estrategia militar para debilitar al enemigo, en la Guerra contra el Narcotráfico, actúa como una forma de expandir el terror y ocultar un problema de violencia creciente, en donde los funcionarios públicos participan por negligencia, o por corrupción con los grupos criminales.

Debido a esta posición ambigua del gobierno, pero también de los otros actores involucrados, la categoría “desaparición forzada” contenida en la ley mexicana y heredada de los conflictos de los años setenta, no corresponde ya a la realidad. La autoridad participa de la desaparición, pero en formas poco claras, que no están contenidas en el régimen legal heredado del pasado.

³ Este es un punto que podría descubrirse más profundamente, pues existen casos de resistencia y otros de negociación entre los grupos de víctimas. Sin embargo aquí me refiero específicamente al caso de Tijuana, que ha sido mayoritariamente de cooperación con el Gobierno, asumiéndolo como interlocutor válido. Por su parte, dentro del Movimiento Nacional por la Paz han existido contradicciones internas en la forma de construir la relación con el Gobierno. La renuncia de uno de sus líderes, Julián LeBarón en febrero de 2012 es una muestra de ello.

Históricamente, desaparecer cuerpos ha sido una maniobra usada en situaciones en que los perpetradores no quieren dejar rastro de sus actos, como ha ocurrido sistemáticamente en Colombia, donde la magnitud del terror se oculta en fosas comunes llenas de sujetos anónimos (CNRR: 2008). La elección de desaparecer los cuerpos responde en muchos casos a la necesidad de conservar un orden aparente a fin de no perjudicar a las autoridades coludidas con el crimen, para las que muchos cadáveres significarían problemas estadísticos⁴.

La violencia del narcotráfico en México ha centrado su discurso social en el cuerpo mutilado, cercenado, torturado, e incluso exhibido en el espacio público, a través del cual se envía un mensaje. ¿Por qué entonces sí el cuerpo cumple esta función comunicativa los criminales han optado por la desaparición como estrategia? Podría suceder que en México las desapariciones respondan a una necesidad similar a la de Colombia: conservar cierto orden aparente de la situación en un marco político de guerra en que se juzga al estado por el número de muertes incluidas en las estadísticas. La desaparición en este caso podría ser un alivio para sostener una imagen de control sobre la guerra. Pero podría ser al mismo tiempo una forma de generar terror elegida por los criminales, para irrumpir en el proceso de duelo y sostener la crisis personal y social alrededor de la ausencia indefinida. Los dos efectos han sido causados, al menos en el caso de Tijuana.

Si bien es cierto que el cuerpo actúa como mensaje, su ausencia también lo hace. En una sociedad judeocristiana en la que el cuerpo cobra una centralidad

⁴ Según el testimonio de un paramilitar desmovilizado en Colombia, desaparecían los cuerpos por petición de la misma policía o el ejército, a fin de mostrar cifras menos escandalosas en términos de asesinatos (Morris y Lozano: 2010).

especial para la interacción con la muerte, la desaparición es en sí mismas un instrumento de terror de largo alcance (CNRR: 2008), pues extienden la violencia en términos de angustia y zozobra. Además de esto, la desaparición actúa como una perpetuación de la impunidad, borra la huella de los autores de los actos violentos y dificulta la posibilidad de construir marcos de interpretación claros.

En el aspecto de la corporalidad he encontrado diferencias sustanciales entre lo que ocurre en Tijuana y lo que ocurrió en su momento en la Guerra Sucia. Como mostré en el cuadro, los imaginarios que se construyen alrededor de la existencia corporal del desaparecido en Tijuana son afectados por un contexto de violencia y ensañamiento con los cuerpos ejecutados. El ensañamiento con el cuerpo hace que los familiares acepten la muerte como una posibilidad para sus seres ausentes. Por esta razón Tijuana ha sido una de las ciudades pioneras en la búsqueda de restos humanos, impulsada por los mismos familiares.

Creo que por estos motivos la ACCI no ha asumido el lema "*Vivos se los llevaron, vivos los queremos*", bandera del reclamo de los movimientos de la Guerra Sucia y vigentes hoy para algunos sectores de los movimientos de víctimas. El reclamo de justicia de los familiares de la represión de los años setenta, se constituye sobre un hecho de desaparición que no prescribe, porque aún hay un vivo-desaparecido que debe encontrarse y por el cual es necesario hacer justicia. Se trata, más que de una construcción emocional del familiar, de una decisión política del colectivo para oponer al gobierno resistencia a su falta de acción y sobre todo a su participación directa en la

desapariciones. Decisión que no tomaron los familiares en Tijuana, aunque en otras partes del país si sucedió⁵.

Si bien hasta el día de hoy las exhumaciones no han sido posibles para el caso de Tijuana, los hallazgos de restos animan la construcción de un repertorio simbólico para dar sentido a la desaparición. Estos pequeños encuentros con la corporalidad del desaparecido ocurridos en las excavaciones de los predios del Pozolero, constituyen un núcleo de sentido esencial para la identidad y la lucha colectiva.

La decisión de los familiares de desaparecidos de la Guerra Sucia de reclamar la presentación con vida de sus seres queridos, permitió también configurarlos como una fuerza simbólica en sí misma, como un emblema. A diferencia de esto, no existe hasta el momento un caso emblemático en la Guerra contra el Narcotráfico que dé nombre y sentido a la identidad de los desaparecidos. Incluso la figura del hijo de Javier Sicilia no logra alcanzar dicho status.

Otra de las diferencias sustanciales entre uno y otro momento histórico tiene que ver con la ubicación geográfica del problema. Esto no se trata de un simple dato, pues nos otorga la posibilidad de entender procesos de centralización y marginación de las demandas. Las desapariciones de la Guerra Sucia estaban concentradas mayoritariamente en el centro y sur de México. El informe presentado en 2006 por el Comité Interdisciplinario, señala que de las 788 desapariciones ocurridas entre 1969 y 1988, 537 tuvieron lugar en Guerrero y las restantes se distribuyeron en el Estado

⁵ En la marcha convocada por las madres de desaparecidos de Coahuila, Guanajuato y otras regiones de México el 10 de mayo de 2012, se revivió el lema acuñado en los años setenta: "Vivos los llevaron, vivos los queremos", acompañado de otros recién instalados en la protesta "Ahora, ahora, se hace indispensable, presentación con vida y castigo a los culpables".

de México (91), Sinaloa (43) Jalisco (33) y otros estados en su mayoría de la zona centro del país, mientras que los primeros casos que empezamos a conocer de desapariciones por motivos de la Guerra contra el Narcotráfico tuvieron su origen en territorios próximos a la frontera. La condición geográfica para el caso de los desaparecidos de la Guerra Sucia también sirvió para que los reclamos de los familiares concentrados en el Comité Eureka⁶, organización liderada por Rosario Ibarra, se sumaran políticamente a otras tradiciones de lucha asentadas en la izquierda revolucionaria del centro del país.

Así como la regionalización de la resistencia permitió el encuentro de diferentes formas de reclamo político, significó también con los años la marginación de otro tipo de violencias ocurridas en otras regiones del país. Personalmente pude ser testigo de esta situación cuando asistí a la “Jornada Nacional contra las Desapariciones Forzadas” llevada a cabo en la Ciudad de México integrantes del Ejército Popular Revolucionario y miembros de varias organizaciones de resistencia, realizaron una serie de actividades para señalar la vigencia de los casos de desaparición de sus grupos. En una de las conferencias llevadas a cabo en el Auditorio Che Guevara de la UNAM, una pregunta alertó a los panelistas sobre la necesidad de ampliar sus perspectivas. Una joven de Sinaloa que estaba entre el público inquirió a los abogados e hijos de desaparecidos presentes en el panel sobre los casos de desaparición del norte, aquellos que no tenían nada que ver con grupos de izquierda o

⁶ Su lucha sigue vigente, pues la repercusión legal y moral de los hechos no suscribe al no haberse obtenido información, reparación o justicia alrededor de dichos casos. Incluso este año (2011), el informe del Grupo para Desapariciones Forzadas de la ONU publicado en abril, observa que “*muchas de las familias de las personas desaparecidas durante este período aún demandan conocer la verdad sobre la suerte o el paradero de sus seres queridos*” (ONU: 2011: 9).

persecuciones políticas. Los panelistas, quienes además estaban presentando los avances para una propuesta de Ley en torno al problema de la desaparición frente al poder legislativo, tuvieron que admitir que no tenían conocimiento sobre lo que estaba ocurriendo en el norte.

Esta situación me demostró que también en las narrativas de la resistencia se fijan formas hegemónicas de asumir los asuntos sociales y que la desaparición exigía la renovación de dichos discursos. Sin embargo, pasado el tiempo, también pude ser testigo de un paulatino encuentro entre la resistencia heredada de los años setenta y la recién surgida en el marco de la Guerra contra el Narcotráfico: es decir entre unos y otros desaparecidos. Dos meses después de la conferencia citada, en el marco de esta misma campaña, el Comité por los Desaparecidos de Guerrero hizo pública una comunicación dirigida a Javier Sicilia, en la que respaldaban su lucha, aduciendo que el fenómeno de la desaparición había extendido sus márgenes hacia nuevas formas de victimización.

Al lado de los casos representativos de las desapariciones de la Guerra Sucia empezaron a aparecer los desaparecidos sin nombre de la Guerra contra el Narcotráfico. En la Caravana por la Paz hacia el Sur, llevada a cabo en septiembre de 2011, este tipo de encuentros se hicieron más profundos.

Estos pequeños cambios en el discurso y en el sentido indican una transformación en las formas simbólicas de construir la noción de desaparición en el México de hoy. La Guerra contra el Narcotráfico ha traído imágenes y marcos de interpretación que se superponen a formas tradicionales de representar el fenómeno

en México y debemos atender a ellas para entender la problemática pero también para hacer frente a las situaciones legales y funcionales que implica esta tragedia.

Los desaparecidos de hoy, estigmatizados como los de ayer, no cuentan con el sustento de una identidad constituida ideológicamente y el apoyo de una lucha sostenida en grupos tradicionalmente politizados. Sus familiares, solos en el duelo, han salido a las calles sin mayor estrategia que la divulgación de su dolor y se han dado a la tarea de luchar por otorgarles un status en el terreno de lo público. Sin embargo sus rostros siguen siendo invisibles y sus historias consideradas sospechosas. Alcanzar el reconocimiento de víctimas no es suficiente cuando éste tiende a homogeneizar y a borrar las diferencias. Aunque el movimiento de Sicilia pretendió convocar voces y unir fuerzas, la noción de desaparecido exige la reevaluación de categorías, luchas y representaciones sociales que nos hablen de su heterogeneidad, sólo así empezaremos a entender de qué se trata esta tragedia.

Bibliografía citada

Blair, Elsa (2002), "Memoria y narrativa: la puesta del dolor en la escena pública",

Estudios Políticos N 21, julio-diciembre, Medellín, pp. 9-28.

Blair, Elsa, (2004), "Mucha sangre y punto sentido: la masacre. Por un análisis antropológico de la violencia", Boletín de Antropología, año/vol. 18, número 035, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, pp. 165-184

Butler, Judith, (2006), Vida precaria, El poder del duelo y la violencia, Ed. Paidós, Buenos Aires.

Carozzi, María Julia (2006), "Antiguos difuntos y difuntos nuevos: las canonizaciones populares en la década del 90, en: Pablo Semán y Daniel Míquez (editores), Entre santos, cumbias y piquetes: las culturas populares en la Argentina reciente, Editorial Biblos, Argentina, pp. 97-108.

CNRR, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, (2008), Trujillo, una tragedia que no cesa, CNRR, Planeta, Bogotá, Colombia.

Escalante, Fernando (2011), "Homicidios 2008-2009: la muerte tiene permiso", Nexos, México, núm. 397, enero, pp. 36-52.

Guerrero, Eduardo (2011/a), "La raíz de la violencia", Nexos, México, núm. 402, junio, 2011, pp. 30-45.

Guerrero, Eduardo (2011/b), "Cómo reducir la violencia en México", Nexos, México, núm. 395, noviembre, 2010 pp. 24-33.

Lomnitz, Claudio, (2004), Idea de la Muerte en Muerte en México, Fondo de Cultura Económica, México.

Morris, Hollman y Juan José Lozano (2010), "Impunity", documental, Colombia.

ONU (2011), Informe del Grupo de Trabajo sobre Desapariciones Forzadas o Involuntarias, México. En:

<http://www2.ohchr.org/spanish/issues/disappear/index.htm>

Turner, Victor (1974) Dramas, Fields, and Metaphors: symbolic action in human society, Cornell University, USA.